

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

El frenesí de la velocidad

El embrutecimiento de las masas populares, velado o evidente, ha sido el plan político, constantemente llevado a cabo por todos los gobiernos que surgieron desde los clanes hasta los más poderosos imperios. En épocas lejanas era su derecho inalienable e indiscutido, pese a las sucesivas sublevaciones de flotas, esclavos y parias.

Hoy, en el siglo de la electricidad y del radio, cambiaron las apariencias, no la esencia de esa política. Nada importa que la instrucción del pueblo se extienda y se multiplique. A sus amos, más astutos y utilitarios que los antiguos, les conviene que seña leer y escribir. Siempre renta más. Los estudios superiores son libros para todos, pero máxime para los adinerados, los hijos de las clases dominantes. Es que ni los colegios ni las universidades se hallan exentas de esa política, encubierta o a la vista, de inculcar prejuicios embrutecedores, envueltos en el camouflagé de muchos conocimientos, útiles por cierto. Es la vacuna del Estado autoritario aplicada a la niñez y a la juventud para que el virus obre y se desarrolle durante toda una vida. La familia y la escuela son, en la sociedad presente, la forja de los hombres.

Y a las masas de estos hombres, por no hablar en general de la criatura humana, jamás se les ofreció tan numerosos motivos, tan innumerables pretextos para embrutecerse, para avillanarse. Se les proporciona, con diferentes métodos, envases y vestidos, la eterna fuga, la huida de ella o de ellas mismas. La medida máxima, la extrema manera de huir, el olvido total de la propia omnipresencia, se halla en los alcaoides, en los estupefacientes. Es por lo pronto el suicidio apresurado de la personalidad pensante. Las intoxicaciones del tabaco y del alcohol, resultan así instrumentos inofensivos.

Pero hay todavía otros medios más disimulados para llegar a los mismos fines. Es que, si este siglo y los fines del otro, pudieran denominarse de la electricidad, también merece acoñarseles el del deporte en todos los aspectos de la actividad humana. Por él se ha instaurado el frenesí de la velocidad, el imperio de los raids y de los records. Los hay para todos, hasta para esa pareja que en Estados Unidos danzó durante 48 horas, casi sin descansar. La divisa de los seres de las postrimerias de esta civilización, parece ser la de no encontrarse nunca cara a cara con ellos mismos, y la de rodar de aturdimiento en aturdimiento. Y esto reza indistintamente para todas las clases sociales, aunque más extremadamente con las que peñan en las capas inferiores: quieren ausentarse, aunque por ratos y momentos, del infierno de sus apremiantes necesidades y miserias. Y es a ellas especialmente que el sistema burgués se dirige, ofreciéndoles sus derivativos para mantenerlas en constante distracción, desviando sus pensamientos de su situación de ininterrumpidas penurias. Y son el cinema, el periodismo, el juego en sus más variadas fases, lotería, quinielas, carreras de caballos, el fútbol, el box y, de cuando en cuando, los raids sensacionales de vuelos intercontinentales, transoceánicos, que resumen en sí lo que nosotros un poco arbitrariamente llamaríamos frenesí de la velocidad: física o psicológica. Es una forma de pasión subalterna que le cabe el mérito del descubrimiento a este siglo mecanizado y metalizado.

Huye de sí mismo en raudo vuelo el sub-héroe que cabalga un aeroplano por la inmensidad de la atmósfera, como huyen los millares de espectadores frente a las pizarras anunciadoras de las incidencias de sus etapas. Es una multitud que voluntariamente se deja enajenar su omnipresencia para entregarse a ese momentáneo frenesí devorador, que luego le dará pasto para comentarios y discusiones interminables durante semanas y meses. Todos sus días se tapizan de esos instantes de fugitiva embriaguez de los sentidos, única sustancia nutritiva para su hambre de ilusorio olvido. Y cabalgando también ella, la gran muchedumbre neutra, en oleajes de sensaciones embrutecedoras, conservará intacto, inusado lo mejor de ella, quizás su alma, su partícula de heroicidad viril, porque sus exparcimientos espirituales y la educación de sus nervios y cerebros se redujeron a lecturas folletinescas, carreras hípias, fútbol, box y etc. En una palabra, todo lo que el homínido civilizado tiene a su disposición para embotar sus órganos más nobles.

El cacareado mente sana en cuerpo sano, que exige violentos ejercicios físicos, no siempre es un indicio de sanidad mental ni de sentimientos gentiles. A veces es todo lo contrario. Los idolillos de la puntería de la patada y de la potencia del puñetazo, elevados al rango de pequeños héroes muy brutos, desde mucho tiempo vienen dando lugar a escenas no del todo edificantes. Citemos una coquereta y de las tantas ya sucedidas. He aquí cómo un cronista deportivo de "La Nación" narra un partido de fútbol, del domingo próximo pasado:

El partido entre el primer cuadro local y el de Sportivo de Almagro había provocado honda expectativa. Por eso las tribunas, a pesar del día desagradable, se vieron totalmente ocupadas, y cuando todo parecía indicar que el match se desarrollaría en forma normal, los primeros incidentes dieron la nota desagradable. El entusiasmo fué en aumento, sin embargo, y apenas el Sportivo de Almagro marcó el primer gol la aclamación estruendosa cesó instantáneamente: habían sonado disparos de revólver y fué menester indagar el resultado. ¿Se había producido algún incidente grave? ¿Acaso entre los espectadores había muertos y heridos? Nos apresuramos a averiguar y pronto supimos la verdad de lo ocurrido: "Se trata, nos dijo, de un acalorado partidario de Sportivo de Almagro, de un amigo del barrio que festeja el goal que marcó Uriarte..."

La información nos pareció un tanto exagerada, pero más tarde, cuando Sportivo de Almagro obtuvo el segundo tanto, sonaron otros disparos, y entonces interrogamos al autor.

—¿No ve, acaso — nos dijo — qué magnífico goal marcó el centroforvard Uriarte?

Y mientras, excitado todavía por la victoria que se definía a favor de su cuadro, en forma tan categórica, guardando su revólver, el hombre lamentaba no tener más balas para celebrar otro goal probable.

Pero después de los tiros de revólver, hay ladrillazos y botellazos. Sigán leyendo:

Cinco minutos antes de la terminación de match, el encargado del botiquín de Sportivo de Almagro arrojó una botella contra los espectadores y, por fortuna, el

proyectil se estrelló contra un poste del alambrado, evitándose algún accidente serio.

A continuación, el linesman García solicitó un free-kick para Perinetti, a consecuencia de un out-ball, y se produjo un breve incidente entre ambos; casi en seguida, un espectador arrojó con violencia una botella, que pasó a escasos centímetros de Recanatini; Calvo recibió en la espalda un ladrillazo, que lo hirió, volcándolo, y, terminado el match, varios espectadores rodearon al linesman García con ánimo de agredirlo.

No nos cabe duda, ese desgano que demuestran las multitudes hacia ideologías de índole altruista y de filosófico desinterés, la nuestra, por ejemplo, mucho tiene que ver con este frenesí deportista, con este vertiginoso vivir que se desgasta a expensas de las pasiones animales. Cultivada intensivamente, por el orden actual, esta forma de existencias frenéticas sobrecargadas de apetitos de prensa, no queda sitio para preocupaciones más elevadas y de más enjundia.

Pacificaciones macabras

La civilización hispano-francesa ha comenzado su labor regeneradora de pacificar las regiones marroquíes. Prisionero Abd-el-Krim, disputada esta presa mayor por España que, a toda costa quiere cobrarse las afrentas, las humillaciones de un enemigo más débil que ella en poderío, quisiera inventariar todas las ejecuciones de prisioneros, todas las torturas infligidas por el caudillo moro a los graduados españoles que deseaban arrancarles secretos valiosos. Para decirlo de una vez, intenta instaurarle una suerte de proceso judicial por todas las empresas feroces, bárbaras o no, que cometió en su defensa y en defensa de los suyos. Algo parecido a lo que se quiso hacer con el ex-kaiser, y que las potencias aliadas renunciaron a realizarlo para no establecer un peligroso precedente que al

EL FIN DE LA BURGUESIA



—¿Quién eres y qué haces?

—Soy el partido comunista, sepulturero de la burguesía...

—Presiento que entre los vivos no deben existir burgueses, porque tú no has sepultado nada más que proletarios.

gún día podría ser tenido en cuenta para ellas. Francia intenta no acceder a las pretensiones de las autoridades militares españolas, arguyendo que tamaño providencia de maligno desquite contra un vencido podía exasperar a los cabileños y arrojarnos a nuevos excesos.

Abriremos la peregrina idea que esas precauciones del gobierno francés son casi inútiles. Ciertamente, si se le trata de tal manera a Abd-el-Krim, que a la postre se convierta en un mártir a los ojos de los suyos, prontamente la mesnadas supersticiosas de moros, lo endiosarán y harán de él una bandera de combate.

Pero lo que las tropas españolas y los indígenas adictos están cometiendo ya, les dejará un sedimento de rencorosa rabia que a la corta o a la larga será nueva levadura para un sin fin de venganzas y de sangrientas revanchas. Es probable que la función de verdugo se la asignen a las cabillas fieles a España, siempre respaldadas y azuzadas por la mili-

cia española. Una cabilla que se apoderó de Xauen, procedió a una degollina general, según se desprende de noticias cablegráficas. Dice:

El campo de Xauen presenta un aspecto sangriento y trágico; en todas las almenas de la Alcazaba y en las murallas que circundan a la población se ven colgadas de enormes garfios centenares de cabezas de rifeños, y al pie de las murallas, en las calles y los fosos, multitud de cadáveres decapitados. Estos son enterrados muy lentamente, temiéndose que se desarrolle una epidemia.

Los cabileños triunfantes recorren las casas buscando dinero, que crecen escondido por los rifeños cuando el asalto a la población. El botín tomado es enorme, habiendo, además, quedado en poder de los rebeldes 300 mujeres y niños rifeños.

Los altos millitaros españoles, brutos y borrachos, dan desahogo a sus instintos bestiales de revancha imponiendo la pacificación de los cementerios.



de gobierno. Un profesor que divagase como hace cincuenta años, sobre el Estado, provocaría las carcajadas de sus discípulos. Uno de los grandes cínicos de nuestros días dijo que el Estado son los carabineros; la guardia civil, el ejército, la fuerza. Tal vez sea ese el fundamento para una más verdadera definición del Estado en los textos del derecho político.

¿De qué nos vale reconocer la esencia antisocial y antihumana del Estado y del capitalismo, si cada día les dejamos pasivamente usurpar más atribuciones, invadir nuevos dominios de nuestra vida, absorbiéndonos hasta la última gota de sangre y hasta el último fruto de nuestro trabajo? ¿De qué nos vale el razonamiento sobre nuestras miserias y nuestra esclavitud, si hemos disociado el pensamiento de la acción? En la escuela hemos aprendido aritmética, por ejemplo; con esa aritmética podemos calcular lo que nos roba el patrón, lo que consume el Estado, lo que cuesta el pecado mortal de la autoridad en la vida de las sociedades. Pero esos cálculos que debieran ser instrumentos para la acción, justificativos de la acción, son considerados como fines en sí, dejaron de ser aguijón para la lucha. Por eso es más infame nuestra esclavitud que la esclavitud antigua: somos esclavos conscientes, tan razonadores como pasivos y dóciles.

Con esa desesperante mentalidad, con ese pasivismo inhumano y degradante, entramos en uno de los más negros períodos de la historia: la dictadura política más sofocante que hayan conocido los siglos y un nuevo desenvolvimiento del capitalismo, iniciado ya en los países más industrializados, que tendrá tan funestas consecuencias para el proletariado como la introducción de las máquinas en el período inicial del capitalismo moderno. La revolución técnica que se está operando y a la que ni siquiera el pensamiento abrigamos de oponerle alguna resistencia, multiplicará nuevamente de una manera espantosa los recursos del poder capitalista, porque reducirá en las mismas proporciones la potencia y la autonomía del pensamiento de sus víctimas. Ante esa transformación gigantesca, económica y política, se contarán fácilmente en todo el mundo los que comprenden la gravedad de la hora y los que estarían dispuestos a obrar efectivamente para dar un nuevo rumbo a la historia.

Algunos amigos nuestros. — al contrario de los que disociaron su pensamiento de su acción —, disociaron su acción de su pensamiento y se ocupan de ahorrar de sus salarios de hambre algunos céntimos con que comprar algún revólver viejo para combatir la dictadura política. Esa ingenuidad, si no fuese tan trágica, podría provocar la risa. Con revólveres viejos no hay absolutamente ninguna posibilidad de contrarrestar el predominio y la internacionalización de los crímenes del estatismo dictatorial; ese fenómeno es un fruto del período que entramos y que no se resuelve siquiera con un cambio de los personajes que parecen tener en sus manos los hilos del retablo, y que en cambio no son más que marionetas movidas por las inmensas fuerzas que rinden culto al principio de autoridad y se postran ante el becerro dorado. Hay que hacer guerra al conjunto o liarnos la túnica a la cabeza para caer en una posición digna de nuestra bandera y de nuestras aspiraciones. Lo mismo que no viven los pies más en la realidad que la cabeza por el hecho de arrastrarse por el suelo, tampoco aprietta más el que pretende abarcar muy poco, como por ejemplo, la lucha contra un dictador cuando la necesidad es la lucha contra la dictadura.

contra las fuerzas que la provocaron y sostienen. Más vale un pájaro en la mano que ciento volando, dicen los que presumen de prácticos; pero cuando se trata de hacer frente a una epidemia hay que combatir la epidemia en sus causas, en el conjunto de sus manifestaciones, pues de lo contrario correremos el peligro de quedarnos sin el pájaro que quisieramos tener en la mano y sin los ciento que vuelan.

Si no en todas las épocas, en ésta, más que revólveres viejos para la defensa del cuerpo, necesitamos armas para el espíritu, para la acción intelectual contra la invasión de la mentalidad autoritaria en todos los dominios de nuestra existencia.

Esa gran minoría de legionarios de la libertad, por pasión y por convicción, los anarquistas, está sufriendo ya las primeras consecuencias del veneno de la época; en lugar de estrechar filas, de formar un bloque sólido contra el enemigo tan poderoso y arrollador, se entretienen en vulgares luchas de predominio personal, confunden sus ideas con los intereses de una organización, de un periódico o de una capilla, poniendo en esa contienda gruesa de intereses, las pasiones y los medios más reprobables. De esa manera, lo que debiera ser hoy un oasis para refrescar el alma en el enorme desierto de la devastación capitalista y estatal de la independencia humana, no se distingue mucho del resto de la sociedad.

Se impone, pues, apelar por sobre los límites mismos de lo que habría que considerar como nuestro movimiento, a todos los hombres de buena voluntad. Cuando se quebranta la fé en la agrupación social, hay que salvar por lo menos la fé en nosotros mismos, hay que formar en nuestro espíritu y en nuestro corazón un oasis individual que volverá un día a convertirse en un oasis colectivo, social. El individuo es impotente para obrar revolucionariamente en el sentido de una transformación social; pero puede conservar el fuego sagrado de una idea, cuando amenaza extinguirse en el hogar común. Y como anarquistas, en ese negro período histórico en que entramos, en que hemos entrado ya, sin la suficiente fé en el pueblo adormecido artificialmente en unos países por la miseria, y en otros por la victoria de la guerra, y en los demás por falta de iniciativa propia, sin fé suficiente en el propio movimiento para obrar armoniosamente como fuerza autónoma, debemos apresurarnos a forjar armas para el espíritu en tanto que individuos, a fin de conservar en nuestra conciencia el ideal de la libertad que está sufriendo la más terrible de las derrotas, una derrota en que no somos combatientes activos, sino casi meros fugitivos sin armas en la mano, y sin ideas en el cerebro para resumir la situación y volver en sí.

¡Formemos armas para el espíritu! Ese será el primer paso para una revancha, para una reconstrucción de nuestros cuadros en la comunión del ideal maltrecho.

ENRIQUE NIDO

Nuestros lectores ya estarán enterados, por habernos ocupado de ello en el diario, de la desaparición de este querido camarada.

En un próximo número del SUPLEMENTO nos ocuparemos más extensamente de la vida y obras del que en vida fué nuestro estimado colaborador y amigo.

MAX NETTLAU La historia del primer libro anarquista (En ocasión de la nueva biografía de William Godwin)

En la historia de las ideas anarquistas, publicada en el Suplemento y ampliada en el libro, *Die Vorfrüfung der Anarchie*, he habido muy poco de William Godwin y de la historia del primer libro anarquista, la famosa *Enquiry concerning the Principles of Political Justice*. (Investigaciones de los principios de la justicia política...) de 1793. Es porque los materiales sobre Godwin son abundantes y han sido en gran parte presentados en una vasta biografía publicada en 1876, y gracias a las relaciones de Godwin con Shelley y otros hombres memorables en Inglaterra, que son continuamente objeto de publicaciones especiales, desde 1876 fué también mejor conocido el rol de Godwin. Pero no podía ponerme al corriente de todos esos trabajos muy dispersos. Eso es posible ahora gracias a un libro muy competente, publicado en Londres y en New York en febrero de 1926. *The Life of William Godwin*, por Ford K. Brown, XV, 387 págs. en 80, con seis hermosos retratos de Godwin y de las mujeres que entraron en su vida, entre las que se encuentra, en primer lugar, la generosa rebelde feminista Mary Wollstonecraft, cuya hija, y de Godwin, fué desde 1814 a 1822 la mujer del poeta Shelley, el hombre que leyó a los 17 años *Political Justice* y estuvo bajo la influencia de ese libro memorable toda su corta vida de poeta rebelde desde entonces, los años de 1809 a 1922, lo que mejor se constata cuanto más se profundiza el conocimiento de Shelley.

La nueva biografía nos da ciertamente la medida de lo que se encontró de nuevo sobre Godwin estos últimos 50 años y nuestra también lo que queda por hacer. Se da una cuenta muy distintamente después de su lectura del origen y de la historia de ese libro de investigación sobre el sistema social y político de entonces — que no cambió aun en nuestros días — que culminó naturalmente, con una lógica recta e inevitable, en la anarquía — y se conocen también los factores que obstaculizaron entonces la marcha progresiva de la idea victoriosamente demostrada por ese libro. — factores que continúan todavía en su obra funesta. Pero se advierte también que ese asunto no está agotado, sin embargo ahora se puede partir de una base bastante sólida, cuando se trate de profundizar en la larga vida de 80 años (1756-1835) de Godwin, la parte de los años desde 1791 a 1801, cuando el pensamiento recto, el razonamiento lógico imparcial, el arrojo moral completo, compromisos y juicios a la altura de su época se concentraron valerosamente en ese hombre y en su trabajo antes que en ningún otro de Europa; él mismo no estuvo a esa altura antes de 1791 y no pudo mantenerse en ella después de 1801, pero ha hecho bastante por su trabajo publicado en 1793, obra colectiva por la multitud de las influencias, todo el espíritu del generoso siglo XVIII y otros que han operado en él, y obra individual por la tenacidad inalterable de su espíritu que supo pensar hasta el fin lo que otros no se atrevían a comenzar a pensar, y coordinar los resultados y deducir las conclusiones finales, únicas entonces, sin espantarse.

William Godwin nació en una familia del pequeño clero no-conformista en provincias, y fué destinado a una carrera parecida, lo que le valió al menos una educación esmerada. En ese ambiente, al margen de la iglesia oficial, con sus prebendas ricas y opiniones establecidas, se cayó sin duda también muy a menudo en una rutina estúpida, pero algunos se dieron a la discusión, a la disputa, y así ejercitaron su espíritu, principalmente los que pertenecían a las sectas más pequeñas más o menos "extremas" y a las y siempre a la defensiva. Es lo que ocurrió a Godwin, que desde la edad de once años fué educado en las ideas de la secta de John Glas y de Sandeman, que rechazaba ciertas autoridades y reclamaba incluso el uso de la propiedad acumulada para los pobres de la iglesia. Tales influencias y la lectura de la historia antigua, las luchas de los griegos y los romanos en su bella época contra la tiranía, más tarde en Londres las ideas de los liberales y radicales en política, pronto también la lectura de los pensadores antirreligiosos más atrevidos: en Francia, de D'Holbach, Helvetius y otros, hicieron de Godwin — que en 1783 abandonó su profesión de pastor — desde 1787 un no creyente definitivo que desde entonces reconoció (según sus palabras en 1800), la idea de un creador inteligente y de un gobernador del universo" como "el antropomorfismo más irracional y ridículo".

Es evidente que fué de los que saludaron la toma de la Bastilla y la revolución francesa desde los años 1789-1790 y ese espectáculo, como el de la revolución americana de 1776, de la lucha victoriosa por la independencia, influenció sin duda su manera de considerar las revoluciones para toda su vida. Fué siempre amigo apasionado del razonamiento y de la educación y su concepción de los medios para cambiar el mal presente era bien público fué la de la educación y de los grandes cambios colectivos casi unánimes, tales como América y Francia desde 1789 a 1790 parecían representarlos.

Es decir que, vistos desde la distancia, y sin considerarlos desde muy cerca, esos dos cambios han mostrado entonces a sus admiradores una unanimidad nacional casi completa en el deseo de un cambio; América conservó realmente esa unidad de espíritu y llegó al fin derechamente. La Francia de 1789 pareció presentar igualmente una voluntad general de reforma seria y no se entrevistó aún la guerra civil de muchos años posteriores, a partir de 1792. Godwin, comparando esos movimientos en apariencia unánimes con las luchas de la guerra civil de muchos años que precedieron a la revolución inglesa del tiempo de Cromwell, vio en ellos los resultados de la educación de los espíritus y de la gran propaganda, que afectó los espíritus y los corazones desde el tiempo de Voltaire, Diderot y Rousseau y pudieron hacerle creer en 1789-1790 que en Francia había verdaderamente un pueblo entonces, cuyas clases todas estaban inspiradas por la inteligencia para ver los males del viejo sistema y por el impulso generoso de la voluntad de cooperar en ponerle remedio. Vivía en la región del espíritu y observó muy poco en qué grado llevaba el interés a ciertas clases a perpetuar el mal, aunque fuese bajo otras formas exteriores, provocando así forzosamente la guerra civil en la obra comenzada con una unanimidad aparente y tan altamente proclamada al mundo.

La aristocracia y la burguesía inglesa vieron muy pronto que un progreso generoso, unánime, tal como lo hicieron entrever a los espíritus avanzados no corrompidos los acontecimientos de 1789, lesionaría sus privilegios monstruosos y su portavoz, Edmund Burke, publicó en noviembre de 1790 un libro de notoriedad general, *Reflections...* (Reflexiones sobre la revolución en Francia y los procedimientos de ciertas asociaciones en Londres, libro de IV, 356 págs., en una de sus numerosas ediciones, 1790) y libro al cual opusieron refutaciones todos los reformadores, entre los primeros Mary Wollstonecraft en 1790 por su *Vindicación de los derechos de los hombres* y en marzo de 1791 Thomas Paine por sus *Rights of Man*, libro cuyo manuscrito fué remitido a un pequeño grupo, Holcroft, Thomas Brand Hollis y Godwin, que lo hicieron publicar no sin dificultad. Vemos así a Godwin en un grupo de los más avanzados, ocupándose del libro del panfletario demócrata más temido de la época.

En la historia de las ideas anarquistas, publicada en el Suplemento y ampliada en el libro, *Die Vorfrüfung der Anarchie*, he habido muy poco de William Godwin y de la historia del primer libro anarquista, la famosa *Enquiry concerning the Principles of Political Justice*. (Investigaciones de los principios de la justicia política...) de 1793. Es porque los materiales sobre Godwin son abundantes y han sido en gran parte presentados en una vasta biografía publicada en 1876, y gracias a las relaciones de Godwin con Shelley y otros hombres memorables en Inglaterra, que son continuamente objeto de publicaciones especiales, desde 1876 fué también mejor conocido el rol de Godwin. Pero no podía ponerme al corriente de todos esos trabajos muy dispersos. Eso es posible ahora gracias a un libro muy competente, publicado en Londres y en New York en febrero de 1926. *The Life of William Godwin*, por Ford K. Brown, XV, 387 págs. en 80, con seis hermosos retratos de Godwin y de las mujeres que entraron en su vida, entre las que se encuentra, en primer lugar, la generosa rebelde feminista Mary Wollstonecraft, cuya hija, y de Godwin, fué desde 1814 a 1822 la mujer del poeta Shelley, el hombre que leyó a los 17 años *Political Justice* y estuvo bajo la influencia de ese libro memorable toda su corta vida de poeta rebelde desde entonces, los años de 1809 a 1922, lo que mejor se constata cuanto más se profundiza el conocimiento de Shelley.

La nueva biografía nos da ciertamente la medida de lo que se encontró de nuevo sobre Godwin estos últimos 50 años y nuestra también lo que queda por hacer. Se da una cuenta muy distintamente después de su lectura del origen y de la historia de ese libro de investigación sobre el sistema social y político de entonces — que no cambió aun en nuestros días — que culminó naturalmente, con una lógica recta e inevitable, en la anarquía — y se conocen también los factores que obstaculizaron entonces la marcha progresiva de la idea victoriosamente demostrada por ese libro. — factores que continúan todavía en su obra funesta. Pero se advierte también que ese asunto no está agotado, sin embargo ahora se puede partir de una base bastante sólida, cuando se trate de profundizar en la larga vida de 80 años (1756-1835) de Godwin, la parte de los años desde 1791 a 1801, cuando el pensamiento recto, el razonamiento lógico imparcial, el arrojo moral completo, compromisos y juicios a la altura de su época se concentraron valerosamente en ese hombre y en su trabajo antes que en ningún otro de Europa; él mismo no estuvo a esa altura antes de 1791 y no pudo mantenerse en ella después de 1801, pero ha hecho bastante por su trabajo publicado en 1793, obra colectiva por la multitud de las influencias, todo el espíritu del generoso siglo XVIII y otros que han operado en él, y obra individual por la tenacidad inalterable de su espíritu que supo pensar hasta el fin lo que otros no se atrevían a comenzar a pensar, y coordinar los resultados y deducir las conclusiones finales, únicas entonces, sin espantarse.

Es muy difícil explicarse psicológicamente el hombre que, tal vez el primero, a través metódicamente todos los aspectos que acabo de mencionar, ese gran viaje de descubrimiento por el razonamiento del presente viciado y abominable al porvenir sano, racional y feliz, supo calcular las distancias que nos separan de ese objetivo y que no estuvo inclinado a prestar oído a los que, por algún medio extraordinario, por un salto cualquiera, creían poder abreviar la distancia, disminuir el esfuerzo necesario para llegar al fin. Godwin creyó en la educación como en el único medio para avanzar, en el estudio, pues, en la reflexión, la discusión, la persuasión por el argumento y el esfuerzo colectivo de una gran mayoría de convencidos, prepara-

dos intelectualmente para el último golpe de mano colectivo necesario para dar un paso hacia adelante. No crea, pues, en las revoluciones impuestas por las minorías, que no sabrían obrar más que por el terror, la autoridad, la dictadura. Es inútil criticar aquí este punto de vista: está la revolución de las minorías que nosotros queremos, la que no trata de dominar, sino que presenta un ejemplo, una enseñanza, y que en el fondo es la educación, aunque tuese con el fusil en la mano, pero educación persuasiva por sus argumentos, el bien que aporta, y no por el decreto del dominador y los medios de coacción empleados por sus instrumentos. El principio de la educación es, pues, evidentemente el único que vale, pero el campo de la educación es mucho más vasto, sus medios más diversos de lo que Godwin ha podido ver entonces.

Pudo ver, al contrario, la revolución francesa culminando en una dictadura progresiva, dictadura de los partidos, de las facciones, de los comités, de los directores y en fin la de un solo hombre, el tirano de los antiguos tiempos, el usurpador, el primer cónsul, luego el emperador, Napoleón. Ha visto igualmente que los medios revolucionarios de Londres serían esa misma influencia y en la asociación más activa entonces, la London Corresponding Society, las opiniones de los adeptos de Godwin, a quienes se llamaba perfeccionistas, los amigos de la propaganda educativa fueron dejados en minoría por los partidarios de la acción que terminaría imponiendo su voluntad de manera revolucionaria. Godwin tenía fe en las revoluciones que se denominarían — según su punto de vista — naturales, como las de 1776 y 1789, — pero no crea en las revoluciones que podríamos llamar artificiales, insurrecciones de minorías que, si triunfasen, se verían obligadas a mantenerse en el poder por la fuerza, por la dictadura. Era inevitable, pues, que hubiese grandes disintenciones entre él y los revolucionarios autoritarios, principalmente su jefe más activo y apasionado, John Thelwall.

Godwin había prestado buenos servicios a los revolucionarios perseguidos; principalmente cuando su gran proceso fué inminente en octubre de 1794 y el gobierno estaba dispuesto a ahorcar a los condenados y a proceder, después de ese proceso, a una proscripción general de los hombres avanzados en Inglaterra y en Escocia, — entonces fué Godwin el que en una carta famosa al *Morning Chronicle* del 20 de octubre, las *Curseory Strictures...* (Crítica rápida de la memoria del juez Eyre a los grandes jurados), puso el dedo en la fábula de la acusación formidable, acusación que presentaba todos los numerosos hechos de la propaganda revolucionaria de la asociación perseguida para deducir del conjunto en la intención insurreccional de los acusados, por consiguiente en su culpabilidad, que los entregó al verdugo. Godwin protestó tan altamente contra esa manera abominable de construir un crimen no consumado (constructive treason) que todo el mundo se indignó, y a pesar de las numerosas pruebas parciales presentadas al jurado, el jurado absolvió al primer acusado, Thomas Hardy, después de un nuevo proceso al segundo, John Horne Tooke, después del tercer proceso a John Thelwall y entonces fué sobrepasada la causa contra los otros prisioneros y la persecución general no pudo hacerse. Godwin había dado en un momento decisivo ese golpe de mano inteligente y feliz que salvó a muchas víctimas y a él también.

otras labores literarias, y desde el otoño de 1791 al fin de 1792 se entregó completamente a su trabajo que elaboró lealmente y sometió durante ese tiempo a la discusión de sus amigos, los espíritus más avanzados de Londres en esa época. Así, pues, ese libro fué compuesto con todo reposo y en buenas condiciones — el prefacio está fechado el 7 de enero de 1793 — y se publicó en febrero de 1793 — dos volúmenes en 4o, de un total de XIII, 21 y 895 páginas. Fué puesto a la venta a tres guineas (ahededor de 33 pesos); el editor pagó a Godwin aun 700 guineas (8.500 pesos) y debía pagarle aún 300 guineas (3.600 pesos) después de la venta de 3.000 ejemplares. Hubo una segunda edición en 8o, vendida a 14 chelines, de XXXI y 1009 páginas en 1796 (fines de 1795) y una tercera en 1798. Se puede constatar sin engañarse uno, que ese primer gran libro que llegó a conclusiones tan claramente anarquistas, fué al mismo tiempo el más caro, el mejor pagado al autor, el más difundido relativamente y el mejor acogido generalmente de la literatura anarquista hasta hoy; bajo las dos últimas categorías, sin duda algunas publicaciones de Proudhon tuvieron una gran boga, tal vez no semejante a la que disfrutó por algún tiempo este libro verdaderamente único, *Political Justice*.

El libro de Godwin encontró un gran interés. Si fué instintivamente odioso a la crítica reaccionaria, nadie supo entonces atacarlo seriamente, hallar un defecto, una brecha en su lógica cerrada. Fascinó al mundo; fué leído en las numerosas sociedades literarias y políticas y se formaron en Inglaterra y en Escocia centenares de grupos para comprarlo por contribuciones comunes y leerlo y discutirlo altamente juntos; muchos artesanos y obreros pertenecieron a esos grupos. Asociaciones populares hicieron extractos en folletos; aparecieron ediciones falsadas en Dublin y en Filadelfia, también en Escocia, según el libro de Brown, aunque la existencia de una reimpresión escocesa me parece dudosa hasta su demostración positiva.

Ese libro fué, pues, la producción representativa del pensamiento avanzado en Inglaterra en esa época, la obra de un hombre que supo asimilarse la crítica inglesa y francesa que precedió a la revolución francesa y los movimientos que la acompañaron en Inglaterra, y que supo manejar la lógica, el razonamiento recto que, sin temor a las consecuencias, iba derechamente al fin.

Se había ido hasta el fin en materia de religión; la lógica del *Sistema de la Naturaleza* de d'Holbach, 1770, no podía ser superada. En política, en economía y en moral no se había ido tan lejos y el mérito, único entonces, de Godwin, consiste en llegar por la misma lógica escrupulosa a la disección de los vicios del gobierno, de la propiedad, de la moral, del matrimonio, etc., y en coordinar al ateísmo religioso el ateísmo político, la negación de esa otra ficción divina, el Estado o gobierno, el ateísmo social, el destronamiento del dios ficticio, la propiedad privada — y ateísmo moral, el derrumbamiento del reino de las ficciones de coacción moral de toda suerte, de la esclavitud sexual, etc. Bajo todos estos aspectos Godwin llega gradualmente a la negación de todo ese terrible sistema de coacciones tan variadas que pesa sobre el mundo y a la discusión de las condiciones de una vida libertada de todas estas cadenas y obstáculos, — de un mundo libre. Ha hecho todo lo posible, ha hecho el balance del sistema villano que pesa sobre el mundo y ha mostrado por qué eliminaciones de las faltas del pasado podrá el mundo libertarse y devenir al fin dichoso.

No es muy difícil explicarse psicológicamente el hombre que, tal vez el primero, a través metódicamente todos los aspectos que acabo de mencionar, ese gran viaje de descubrimiento por el razonamiento del presente viciado y abominable al porvenir sano, racional y feliz, supo calcular las distancias que nos separan de ese objetivo y que no estuvo inclinado a prestar oído a los que, por algún medio extraordinario, por un salto cualquiera, creían poder abreviar la distancia, disminuir el esfuerzo necesario para llegar al fin. Godwin creyó en la educación como en el único medio para avanzar, en el estudio, pues, en la reflexión, la discusión, la persuasión por el argumento y el esfuerzo colectivo de una gran mayoría de convencidos, prepara-

dos intelectualmente para el último golpe de mano colectivo necesario para dar un paso hacia adelante. No crea, pues, en las revoluciones impuestas por las minorías, que no sabrían obrar más que por el terror, la autoridad, la dictadura. Es inútil criticar aquí este punto de vista: está la revolución de las minorías que nosotros queremos, la que no trata de dominar, sino que presenta un ejemplo, una enseñanza, y que en el fondo es la educación, aunque tuese con el fusil en la mano, pero educación persuasiva por sus argumentos, el bien que aporta, y no por el decreto del dominador y los medios de coacción empleados por sus instrumentos. El principio de la educación es, pues, evidentemente el único que vale, pero el campo de la educación es mucho más vasto, sus medios más diversos de lo que Godwin ha podido ver entonces.

Pudo ver, al contrario, la revolución francesa culminando en una dictadura progresiva, dictadura de los partidos, de las facciones, de los comités, de los directores y en fin la de un solo hombre, el tirano de los antiguos tiempos, el usurpador, el primer cónsul, luego el emperador, Napoleón. Ha visto igualmente que los medios revolucionarios de Londres serían esa misma influencia y en la asociación más activa entonces, la London Corresponding Society, las opiniones de los adeptos de Godwin, a quienes se llamaba perfeccionistas, los amigos de la propaganda educativa fueron dejados en minoría por los partidarios de la acción que terminaría imponiendo su voluntad de manera revolucionaria. Godwin tenía fe en las revoluciones que se denominarían — según su punto de vista — naturales, como las de 1776 y 1789, — pero no crea en las revoluciones que podríamos llamar artificiales, insurrecciones de minorías que, si triunfasen, se verían obligadas a mantenerse en el poder por la fuerza, por la dictadura. Era inevitable, pues, que hubiese grandes disintenciones entre él y los revolucionarios autoritarios, principalmente su jefe más activo y apasionado, John Thelwall.

Godwin había prestado buenos servicios a los revolucionarios perseguidos; principalmente cuando su gran proceso fué inminente en octubre de 1794 y el gobierno estaba dispuesto a ahorcar a los condenados y a proceder, después de ese proceso, a una proscripción general de los hombres avanzados en Inglaterra y en Escocia, — entonces fué Godwin el que en una carta famosa al *Morning Chronicle* del 20 de octubre, las *Curseory Strictures...* (Crítica rápida de la memoria del juez Eyre a los grandes jurados), puso el dedo en la fábula de la acusación formidable, acusación que presentaba todos los numerosos hechos de la propaganda revolucionaria de la asociación perseguida para deducir del conjunto en la intención insurreccional de los acusados, por consiguiente en su culpabilidad, que los entregó al verdugo. Godwin protestó tan altamente contra esa manera abominable de construir un crimen no consumado (constructive treason) que todo el mundo se indignó, y a pesar de las numerosas pruebas parciales presentadas al jurado, el jurado absolvió al primer acusado, Thomas Hardy, después de un nuevo proceso al segundo, John Horne Tooke, después del tercer proceso a John Thelwall y entonces fué sobrepasada la causa contra los otros prisioneros y la persecución general no pudo hacerse. Godwin había dado en un momento decisivo ese golpe de mano inteligente y feliz que salvó a muchas víctimas y a él también.

Pero, como he dicho ya, el abismo que le separaba de los revolucionarios autoritarios de entonces era tan profundo como el que separa hoy a los anarquistas y a los bolchevistas y en el fondo hubo exactamente la misma diferencia fundamental. El primer anarquista de esos tiempos, aislado necesariamente, aunque muy admirado y seguido por cierto tiempo por algunos jóvenes, incluso esos poetas de gran talento, los Shelley, los Coleridge y los Wordsworth, — el primer anarquista, pues, no pudo hacer frente largo tiempo, casi solo, a todos los que se encarnizaban contra él, primero los revolucionarios autoritarios, los bolchevistas de aquella época, luego poco a poco la burguesía tomó aliento y comenzó ella, impregnada de moralidad, a atacar a Godwin ante todo bajo el aspecto moral.

su muerte prematura escribió su vida y publicó sus escritos póstumos. Esa fue la señal para la trahilla de la moral oficial inglesa para rodar sobre él — y en general la reacción inglesa, no atreviéndose a herir directamente después del fracaso de las persecuciones de 1794, organizó entonces, sobre todo en 1797-1801, un verdadero fascismo literario, un asalto *outrancier* por todos los medios del insulto grosero y de la calumnia vil contra todos los hombres avanzados, el matiz bochevista tanto como el matiz anarquista. Fue la época de las publicaciones llamadas anti-jacobinas, de periódicos, poesías, caricaturas, novelas, etc., teniendo todas por objetivo arrumar en la opinión pública a los amigos de la revolución. Y ese fascismo tuvo pronto el apoyo de diversos antiguos entusiastas principalmente los jóvenes poetas mencionados que volvieron todos a la religión, a la moral, al patriotismo y al seno de la burguesía.

Todo eso presenta similitudes notables con nuestra época en Europa, donde la voz de la libertad fue ahogada lo más posible por el bochevismo y donde luego surgió el fascismo que se apresta a dar el último golpe a todo lo que queda en pie.

Debemos luchar por quedar en pie en nuestro tiempo, cuando nuestras ideas han adquirido sin embargo cierta base sólida y, esperemos, indestructible. Es fácil figurarse que Godwin, tan aclamado y halagado en 1793, aislado por lo que ocurrió sobre todo desde 1798 a 1801, no pudiese hacer frente a todas esas pasiones desencadenadas contra él — después de su última publicación, digna respuesta a sus enemigos, publicada en 1801, abandonó la lucha directa, sin abandonar sus ideas. No rompió su pluma, porque tuvo que escribir para vivir y ha escrito aun mucho, pero aun introduciendo un poco de educación para la libertad en sus escritos hasta el último día de su vida — escribió hasta su muerte, a la edad de 80 años en 1836 — no volvió sobre el conjunto de sus ideas que reposaba en *Political Justice* de 1793, libro que el gran público no leyó entonces, bien que conservó un vago recuerdo que fue un ataque terrible, pero rechazado, contra todo lo que es sagrado al buen burgués, pero que hombres de valor intelectual consultaron siempre y apreciaron sin inspirarse en todas partes en él, a excepción del joven Shelley.

Queda el problema de cómo en los 43 años de su vida que sucedieron al libro de 1793 modificó Godwin indudablemente una parte de las ideas de *Political Justice*, aun permaneciendo fiel, como se sabe, a su conjunto. Hubo en su vida privada desenvolvimientos que disminuyeron su valor moral y que han podido influir en sus ideas deteriorándolas; hubo también (y esto será en relación con el factor que acabo de mencionar) el aislamiento a su alrededor hecho por sus enemigos hacia 1801 y que habría podido crear una verdadera resolución, una falta de fe en el progreso hacia la verdadera justicia por la razón, — y está, también, ese otro factor poderoso: mayor experiencia, reflexión, en una palabra lo que produce modificaciones que son mejoramientos y que un hombre, petrificado en sus ideas o demasiado vanidoso o perezoso para continuar estudiando y aprendiendo, sería el único que rehusaría hacerlo. Sería importante examinar desde este punto de vista libros como: *The Inquirer*. . . (El investigador: reflexiones sobre la educación, los hábitos y la literatura). . . una colección de ensayos de 1798 y sus *Thoughts*. . . (Pensamientos sobre el hombre, su naturaleza, sus producciones y descubrimientos) de 1831 y sus ensayos póstumos (1873) o como lo que ha puesto en sus novelas, muy filosóficas a menudo, como *Caleb Williams*, 1794, *St. Leon*, 1799, *Fleetwood*, 1805, *Mandeville*, 1817 y otras dos, etc. Hay que lamentar mucho que no haya escrito dos libros *Firts Principles of Morals* (Primeros principios de moral) y *Two Dissertations*. . . (Dos disertaciones sobre las razones y tendencias de las opiniones religiosas) proyectados en 1789.

Yo no hice esa investigación de que hablo, pero según las indicaciones dispersas en la biografía de Brown, veo que Godwin sintió que había contado demasiado exclusivamente con la razón en el hombre y que comprendió la necesidad de agregar como motor poderoso de sus actos el sentimiento (feeling). No se sentía ya el derecho a dictar a la razón que dominara el sentimiento. Eso quiere decir,

pero si Godwin fué aislado por la pasión de los autoritarios, arruinado y reducido al silencio por la sociedad que se volvió feroz, sintiéndose amenazada en sus usurpaciones y goces, su pensamiento obró siempre sobre los mejores hombres de su tiempo — asunto muy poco estudiado aún. En el libro de Brown nos dice que en 1816 Robert Owen iba a verlo y conoció sin duda su obra mejor de lo que permite constatar hoy la ausencia de documentos. Dijo a la hija de Mary Wollstonecraft, entonces, que no había encontrado una mujer que pensara tan exactamente como ella (murió en 1797) o que haya entrado tan calurosamente y tan asiduamente en sus planes. De Owen escribe entonces uno de los godwinianos temporales y reaccionarios después, Southey, que "Owen fué ni más ni menos que un *antisobrado*, como yo lo fui en mi juventud" (en 1794), es decir uno de los que en *antisobrado*, en un valle feliz de América, soñaba con realizar las ideas anarquistas de *Political Justice*, sueño hermoso, pero breve.

La obra de Godwin crece cuanto más se le examina de cerca. He ahí un poco de la historia del primer libro anarquista. VIENA — MARZO DE 1926

At— POR LOS SALONES

Exposición de pintura española (Witcomb)

Estas muestras que eufemísticamente se clasifican de pintura española, se vienen sucediendo año tras año sin otra finalidad que la del sordido mercachiflis. Casi nunca respondieron a su denominación pretenciosa. No siempre pudo ser un índice de la producción pictórica contemporánea de España. Al contrario, si tuviésemos que juzgar el arte de ese país por los cuadros de esos pintores que fueron turnándose en una rotación monótona, un muy pobre concepto nos formaríamos de él. Pero nosotros jamás le inferimos esa ofensa.

En efecto, el número de principal atracción de estas exhibiciones de *bric a brac*, lo constituyó invariablemente Joaquín Sorolla. Desde ahí para abajo, los valores siguen degradándose hasta descender a las nulidades más insulsas, sin una pizca de sal o de espiritualidad.

Hace tiempo, pero mucho tiempo, diríamos siglos, que Sorolla fué enterrado en la fosa común de las mediocridades brillantes. En el orden español es un artista de segunda o tercera clase, y en el orden internacional poco cuenta entre los valores absolutos. Desde la lejana época en que lo elogiara aberrantemente Maclair, como él solo sabe hacerlo, señalando a la admiración parisiense esos *tonos blancos sobre blancos* como algo portentoso; y desde su prestigio casi triunfal con ventas fabulosas en Norte América mucha agua renovadora pasó bajo las arcadas de ese hondo e inefable misterio que son las Bellas Artes. Y son esas aguas del tiempo las que están borrando, ahogando su memoria, porque ellas fueron siempre las grandes niveladoras.

Pero digamos en pocas palabras desapaionadas y serenas, qué representa la obra sorollesca como creación de arte. Su pintura no se distingue por la más leve originalidad en su sentido intenso, y apenas es una manifestación personal de verismo, realizado por algunas recetas huracadas a los impresionistas franceses. Cultivó lo instantáneo en lo que posee de superficial fotográfico. Su luminismo tan altamente mentado, es de calidad afichesca, conseguido por el contraste de tintas, más que por valores armónicos. Confeccionaba pequeñas manchas en la playa de Valencia — según confesión de su propio hijo — y las agrandaba en el taller, sin estudiarlas para luego organizarlas en forma de composición. Aposta les dejaba ese carácter de repentinsmo, como valiosa virtud, inducido ciegamente por la falsa premisa que consideró el arte pictórico cual un funambulesco malabarismo y de una espontaneidad caó-

los Bou y otros estarán entre ellos. Y nos hallamos propensos de incurrir la mayoría que allí exponen.

La verdad, quitando Mir, con un lienzo de coloración vivaz, ni cerca de lo mejor que pintó, los demás flotan en los dominios de la relatividad, donde todas las disculpas hallan cabida para ammorar evdentes fallas.

Respecto a Romero de Torres, de quien hay unos siete cuadros, ya nos toco comentario varias veces, expresando nuestra opinión francamente adversa. Se ha especializado en una pintura de tonos sombríos, maisanos, que doran carnaticas, que modelan formas de intento turbadoras, llevando la inquietud carnal al veedor. Son asuntos y anécdotas para excitación de vejetes valetudinarios y libidinosos, y de elegantes pollas y pollos insexuados. Su renombre es el signo seguro del morbosismo de la época, aunque se trate de exornar su arte como el símbolo de la Andalucía trágica, esclavizada por la desesperada sed del sexo. Literatura, literatura y literatura.

Sin embargo, toda la pintura española no se puede reducir a tan estrechos límites, ni tampoco como una productora de tan magros y malhadados resultados. En una revista alemana, "Deutschekunst Undekoration", pudimos contemplar magníficas reproducciones en blanco y negro de cuadros de José de Togores, de quien se publican los grabados de dos de sus obras, que sin ser las más intensas de su saber plástico, se sostienen entre las mejores. Relativamente joven este artista catalán con ascendientes andaluces, en edad temprana emigró a París, — creemos que en 1918 — conociendo a Picasso. Influenciado más por la tendencia neo-clásica francesa que por el cubismo, del cual tuvo el tino de apropiárselo en su esencia de doctrina constructiva, tampoco se quedó en ella, en su literalidad, como otros fanáticos, sino que se puso a estudiar atentamente a maestros más modernos, a quienes eligió como a sus predilectos. Renoir fue uno de ellos; Hodler otro y Puvis de Chavannes el tercero. Son admiraciones que Togores confesó sin reparos, ya que poniéndose bajo la advocación de esta prestigiosa y heterogénea trilogía, no toma ría de ellos sino lo interior, lo no visible a todos los ojos, algo así como hiciera con la plástica cubista.

Reconocido en Francia y Alemania como uno de los vigorosos e inteligentes pintores de la generación que se dió en llamarla ultraista, siendo él de los potentemente dotados, es casi desconocido en su misma patria.

Parece que realizó sendas exposiciones en el extranjero, tal vez en París y Berlín, y que varios críticos alemanes y franceses — y creemos también algún español —, escribieron monografías sobre su ya abundante obra. Algunas galerías particulares y públicas — como la de Alfred Flechtheim en Frankfurt — poseen telas suyas.

De la contemplación de los meros grabados, se deduce que es una pintura

que el color que aquí se resucita Venecia. Ella, por el arte de Henry Waroquier, nos solicita de pronto por la vista y luego por el olfato. ¡He ahí el olor salobre que sube de la laguna y ese fresco sahumado de las sombras! Tened cuidado, el último escalón es siempre viscoso al borde del palacio ducal. El complaciente barquero os ofrece el apoyo de su sólida espalda para saltar a la góndola. Sentado ya, vuestra mano toca los cojines de cuero, sus flecos. Os recuerda la oscilación tan particular de la góndola toda vez que un *vaporetto* acaba de pasar, promoviendo el chapoteo del agua en la superficie.

Contemplando las acuarelas venecianas de Waroquier, mi memoria es como una pieza cuyas ventanas se han abierto bruscamente. Es la pátina rojo-marrón de las paredes enjabalgadas; el verde vídrioso, arseniatado, del domo de San Simeone en frente de la estación. Ese domo es demasiado alto para la arquitectura que lo lleva, un gigantesco huevo de feria, márgicamente colocado sobre un portahuevo. Son también los blancos mates, elucidos por siglos de vientos marinos y de soles, de la Aduana del Mar, un bello y pequeño monumento en cuya cima tornivuela una diosa de oro sobre un globo negro. A la derecha y a la izquierda los muelles se empujefecen hasta llegar a un estrecho canal de un arrabal donde tiende la ropa la gente del pueblo. El cuartel de Tatters se halla cerca y la fragata escuela, en cuya arboladura hay un gallo de trapo. Después pequeñas plazuelas cua-



JOSE TAGORES — "Pescadores"

dradas poco profundas, hechas para las intrigas de los personajes de ese clásico comedidógrafo que se llamó Goldoni.

Digámoslo de una vez: Waroquier no nos habla de la Venecia artificialmente féérica, empavesada por un eterno sol crepuscular, que tiene por cuna la paleta arbitraria, la paleta rutilante de Turner o de Ziem. Sus acuarelas se ejercen sobre vuestra sensibilidad, por el influjo del humilde, despótico prestigio de la verdad.

Verdad inteligente y reflexiva, servida por los recursos y la aparente torpeza de una inimitable técnica: los mejores pintores de Venecia no fueron virtuosos, y si obreros bien pertrechados. Recuerdo a Canaletto, diseñando sus arquitecturas con la paciencia y la lealtad de un geómetra, de un perspicuo; recuerdo a Corot, que coloca a San Jorge en la laguna con la ingenua confianza del infante que posa su pequeño barquito sobre una fuente. Sucho con Whistler trazando sobre la plancha de cobre esas delicadas maravillas, esas líneas tan sutiles, cruzándose, entrelazándose, que uno no osa respirar como si se hallara ante una tela

Exposición del Dr. Pedro Figari — (A. A. de Arte)

De este artista doctor, como él mismo se complacía en hacer constar en la tapa de su catálogo, hemos enviado juicios poco favorables en las diversas exposiciones que realizara periódicamente, a veces dos y más en un mismo año.

Es un pintor, quien no osante hallarse en edad puerca, demuestra poseer una fecundidad asarmale.

Después de una gira triunfal por el viejo continente, según las *revistas* del periodismo que le cantan a quienes desean perder, presenta la enormidad de 69 cuadros, y algunos de respetables dimensiones.

Por mas buena voluntad que pongamos no nos decidimos a trasegar ese campo de arte, envuelto en muy bonitos colores. El tiempo otra su última palabra. Por ahora constatamos la cansadora monotonía que se exhibía de estos asuntos repetidos hasta el agotamiento, desdoblados en ocasiones en dos o tres cuadros. Tampoco sabemos de dónde saca tantos negros africanos. Probablemente se sirve de ellos como notas decorativas. ¡Allí los pobres, que otra vez los exhumara para divertir a sus patroncitos, y él, el doctor y el pintor!

Pero tenemos el palpito, — sugeridónos por un versado historiador —, que Figari no hace historia, al contrario, la desfigura, ni tampoco buena pintura. Respecto a las actuales 69 obras, podemos declarar que no son ni peores ni mejores de las que vimos siempre. El defecto capital es de ser eternamente las mismas.

En el catálogo se incluyen algunos fragmentos de artículos de los críticos europeos, es decir, franceses, que se publicaron acerca de su muestra realizada en París. No sólo vale la pena, sino un Perú — no el presente, sino el antiguo de los Incas —, destacar uno de ellos. Esta transcripción ha de demostrar que hay quien sabe burlarse muy finamente de nuestras pretensiones de poseer un arte americanista y autóctonoamente argentino. Es Andrés Salmon, impertérrito defensor de Picasso y sus secuaces. Escribe:

"...Con Figari, gracias a Figari, pintor de los gauchos, la América latina no tiene más que temer. Nosotros no confundiremos más sus gauchos con algunos Tom Mix del cine o de novela de aventuras.

Figari, con una sorprendente felicidad, ha desprendido la poesía de las tierras americanas, de esas inmensidades que componen lo que los viajeros llamaron el imperio del sol, donde la antigua belleza india se funde con la gracia jesuita, donde la majestad española se funda, sobre un suelo atormentado, donde se extienden las llanuras con una conmovedora desolación, bellas como el mar, tan crueles como las estepas: la pampa.

Jurista eminente, hombre de fina cultura, Figari que tomó el pincel en la mitad de su vida, confía desde luego que



ENRIQUE WAROQUIER — (Venecia)

el pensaba menos, entonces, en llegar a ser un gran pintor que en pedir a un pintor sus medios como una posibilidad para rendir inmediatamente sensibles lo trágico y la duzura de las dos patrias tan estrechamente ligadas, el Uruguay y la Argentina.

... Así nos parece en esta segunda exposición parisiense, que marca sobre la primera un enriquecimiento singular.

Nótese bien que nada dice en concreto de la calidad de su pintura, y en cambio cita al jurista eminente, que con una felicidad sorprendente ha desprendido la poesía de las tierras americanas...

Que la ironía sea intencional o no, para quien sabe leer entre líneas, existe... Suponemos también que del trabajo de Andrés Salmon, el doctor Figari excojió el párrafo más elogioso, el que más evidentemente le favorecía.

Las artes plásticas en el extranjero

Acuarelas Venecianas Enrique Waroquier

Un perfume resucita los rasgos de un rostro, el lunar destello de un hombre desnudo, todo un ser.

Es por el color que aquí se resucita Venecia. Ella, por el arte de Henry Waroquier, nos solicita de pronto por la vista y luego por el olfato. ¡He ahí el olor salobre que sube de la laguna y ese fresco sahumado de las sombras! Tened cuidado, el último escalón es siempre viscoso al borde del palacio ducal. El complaciente barquero os ofrece el apoyo de su sólida espalda para saltar a la góndola. Sentado ya, vuestra mano toca los cojines de cuero, sus flecos. Os recuerda la oscilación tan particular de la góndola toda vez que un *vaporetto* acaba de pasar, promoviendo el chapoteo del agua en la superficie.

Contemplando las acuarelas venecianas de Waroquier, mi memoria es como una pieza cuyas ventanas se han abierto bruscamente. Es la pátina rojo-marrón de las paredes enjabalgadas; el verde vídrioso, arseniatado, del domo de San Simeone en frente de la estación. Ese domo es demasiado alto para la arquitectura que lo lleva, un gigantesco huevo de feria, márgicamente colocado sobre un portahuevo. Son también los blancos mates, elucidos por siglos de vientos marinos y de soles, de la Aduana del Mar, un bello y pequeño monumento en cuya cima tornivuela una diosa de oro sobre un globo negro. A la derecha y a la izquierda los muelles se empujefecen hasta llegar a un estrecho canal de un arrabal donde tiende la ropa la gente del pueblo. El cuartel de Tatters se halla cerca y la fragata escuela, en cuya arboladura hay un gallo de trapo. Después pequeñas plazuelas cua-

"La Aduana y la Iglesia de La Salute"

dradas poco profundas, hechas para las intrigas de los personajes de ese clásico comedidógrafo que se llamó Goldoni.

Digámoslo de una vez: Waroquier no nos habla de la Venecia artificialmente féérica, empavesada por un eterno sol crepuscular, que tiene por cuna la paleta arbitraria, la paleta rutilante de Turner o de Ziem. Sus acuarelas se ejercen sobre vuestra sensibilidad, por el influjo del humilde, despótico prestigio de la verdad.

Verdad inteligente y reflexiva, servida por los recursos y la aparente torpeza de una inimitable técnica: los mejores pintores de Venecia no fueron virtuosos, y si obreros bien pertrechados. Recuerdo a Canaletto, diseñando sus arquitecturas con la paciencia y la lealtad de un geómetra, de un perspicuo; recuerdo a Corot, que coloca a San Jorge en la laguna con la ingenua confianza del infante que posa su pequeño barquito sobre una fuente. Sucho con Whistler trazando sobre la plancha de cobre esas delicadas maravillas, esas líneas tan sutiles, cruzándose, entrelazándose, que uno no osa respirar como si se hallara ante una tela

En los últimos años del siglo XIX, las jóvenes confinadas a cualquier provincia, tafían el piano y pintaban flores sobre porcelana. Tal era el arte en la familia, pilla: de la burguesía. También las familias sabían que el gran arte estaba encerrado en los nichos de los museos. La importancia estaba perfectamente determinada por los críticos de arte del Baedeker, o sea la guía internacional de las ciudades. Los viajes de boda formaban la educación de las jóvenes esposas. Regresaban de Italia reteniendo algunas veces el nombre de Tiepolo. Todo estaba ordenado y en su propio lugar. Los maestros de otros tiempos eran de la época de los viejos maestros, como el siglo XIX era la época del maquinismo, o la época del progreso. La industria sabía el qué tiempos oficiar: los museos eran los dioses. Se hallaba completamente segura y tranquila, como que hay un dios en los cielos. Sin duda, el arte del presente no puede igualar al del pasado. El pasado había venido al mundo con olor, color y sabor del pasado. El pasado había venido al mundo con su misterio. El presente no era más que un tiempo sin pátina, tiempo al alcance de la mano. Pero ninguna época puede hacer a menos de los pintores, garantizados por el gobierno. Son los generales del arte. Se les reconoce fácilmente por sus medallas.

Sin embargo, por la abundancia de los problemas planteados, por la riqueza de las obras, por el poder de un lenguaje jamás inmóvil, evolucionando bajo la apariencia de mutaciones bruscas, el siglo XIX igualó en Francia las más grandes épocas de la pintura. La gran burguesía, y la mediana burguesía, no lo sabía. El abogado, el escribano, el médico iban a visitar el Salón de Primavera y, cuando no podían costearse hasta la metrópoli, contemplaban en la vitrina de la calle principal de su pueblo una naturaleza muerta bien masillada, o flores rizadas con unas tijeras de hierro caliente, por el pintor local. La burguesía no conocía el nombre de Cézanne. Los que se reúnen de Cézanne eran iniciados, estetas. La burguesía se arrepiente hoy de esta ignorancia. De haberlo sabido, habría comprado.

Un arte puede frutecer, madurar, sin tomar contacto con la muchedumbre. La



JOSE TOGORES — "Desnudo"

Un arte puede frutecer, madurar, sin tomar contacto con la muchedumbre. La

Un arte puede frutecer, madurar, sin tomar contacto con la muchedumbre. La

Un arte puede frutecer, madurar, sin tomar contacto con la muchedumbre. La

MARIA KRISCHE
LA TRAGEDIA BIOLOGICA DE LA MUJER

Como una especie de complemento de los trabajos de Vaering, apareció en alemán la traducción de un pequeño trabajo, pero importante para la apreciación del problema de la mujer, "La tragedia biológica de la mujer", por A. W. Nemilow, profesor en la universidad de Leningrado. Mientras que los trabajos de Vaering hacen resaltar esencialmente lo unitario de lo masculino y lo femenino, aquí se pone de relieve lo diferencial.

En forma sencilla como científica trata el médico el hecho de la molestia sexual-especial de la mujer. Apoyándose en el conocimiento que no hay para los seres humanos una vida al margen de la sexual, demuestra que el ser humano, en interés de la conservación de la especie, es más sexual que cualquier otro animal, incluso que el mono de tan ponderada sexualidad. El animal sigue el impulso sexual sin conciencia de las consecuencias. Pero el hombre es un animal cerebral, relaciona con el pensamiento el acto sexual, con lo que de él resulta y puede estimar lo que significa para él el parto y el hijo. Ese hijo es una personalidad fuera de él mismo, a quien tiene que aportar sacrificios. El individuo en sí no tiene un interés especial en que la especie continúe. De ahí que puede presentarse el caso que el hombre consciente eluda la conservación de la especie que pesa sobre él, cosa que no hace nunca el animal. Por eso en los seres humanos son necesarios "medios de atracción de la naturaleza" más fuertes, y como tales obran los órganos sexuales para ponerlos al servicio de la conservación de la especie. Nemilow se refiere a la magnitud de los órganos sexuales, que pone en relación con el peso del cuerpo y afirma que realmente la sexualidad desempeña en los seres humanos un papel más importante que entre los animales.

Nemilow trata luego, en diversos capítulos, de las diversidades sexuales del hombre y de la mujer, que según él pesan tan amplia y unilateralmente sobre la mujer que en base a ese yugo dado por la sexualidad, había de una tragedia de la mujer, tragedia sin solución porque es inmutable. Aparte del breve período de la vida infantil hasta la madurez sexual, está la mujer continuamente bajo la presión de la función sexual. Distingue cuatro períodos en la vida femenina. El primer período hasta la primera maduración de un óvulo del lugar femenino de reproducción, que se anuncia por la aparición de la menstruación; el segundo período hasta el primer acto sexual; el tercer período y el más importante, porque es el más activo, desde el primer acto sexual hasta el climaterio, y el cuarto, el período de la ancianidad. La imaginación y la menstruación tienen un grandísimo influjo en el sistema nervioso y en la fuerza de trabajo. Modificaciones esenciales se establecen en ese tiempo en la mujer normal, completamente sana, modificaciones en la presión sanguínea, en la actividad del corazón, en la menor fuerza de resistencia contra las causas de enfermedad; si la mujer no es enteramente sana, el equilibrio psicológico en esos días padece. Se ha comprobado también elevada influencia de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

escritor de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

escritor de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

escritor de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

escritor de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

escritor de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

clinación al delito y al suicidio. (Según Weinberg, más de la mitad de los suicidios femeninos corresponden al período de la menstruación). Simultáneamente es dada una detallada exposición del proceso de la maduración ovular en el ovario, del camino que sigue el óvulo, y de las conexiones entre maduración ovular y menstruación, sobre lo que existe aún mucha oscuridad. No es ninguna purificación para el cuerpo, sino una reducción de la vieja membrana mucosa de la matriz en favor de la nueva, que da al nuevo óvulo nuevas posibilidades de fijación y de desenvolvimiento. El papel del hombre en la vida sexual, según Nemilow, es activo, avasallador, el de la mujer pasivo, puramente receptivo, pues el primero es el conquistador, el que toma posesión, el que obra; la mujer no es activa más que en la seducción; en lo demás es receptiva; incluso puede ser receptiva sin estar sexualmente excitada. Por eso la sexualidad, según Nemilow, fortifica las fuerzas creadoras del hombre y aumenta la pasividad de la mujer hasta el desprendimiento personal, inspirándola con "las tiernas esperanzas y el deseo" de ofrendarse. Frente al hijo, la mujer, a pesar de todo el malestar de los nueve meses, no puede sentir la alegría del creador, pues no depende de ella "el que nazca un Newton o un majadero" (depende del hombre activo, tal vez?). Como desventaja de la mujer, se menciona también el hecho de la frialdad sexual femenina muy difundida. (Según M. v. Kemnitz, en algunos pueblos, del 60 al 80 por ciento de todas las mujeres son sexualmente insensibles). Después de una discusión profunda de los peligros del parto, que en los seres humanos es más doloroso que en los animales y más peligroso, a causa de la estrechez pélvica condicionada por la posición vertical, de la fundición del feto con las paredes de la matriz y a causa de la forma redonda de la cabeza del niño en cambio de la cabeza puntiaguda del animal, se refiere Nemilow a la molestia ulterior con el amamantamiento del niño, que impresiona nuevamente el sistema nervioso y puede conducir a perturbaciones psicológicas, finalmente a la unión con el niño durante un largo espacio de tiempo, que comienza con la "sensibilidad nativa del sistema nervioso de la mujer para el encanto del propio hijo" (instinto maternal). Según Nemilow, la parte del hombre en la conservación se agotó en el acto sexual. En su alma no tiene lugar "una desfiguración de la perspectiva", es decir una ilusión a favor del niño, como en la madre. Aunque la ley, la educación social le obligan a preocuparse del hijo, hasta a sacrificarse a él, eso es algo exterior que no nace del propio impulso. La conclusión de las investigaciones es constituida por una exposición del climaterio, que se produce en la mujer de diez años antes de la falla sexual del hombre y según Nemilow es de consecuencias mucho más vastas y más destructivas para la vida intelectual.

Como casi todo el que defiende nuevos pensamientos, también Nemilow parece sobrepasar el objetivo. Otras investigaciones médicas, como las de la doctora Matilde v. Kemnitz, que se ocupó ya hace años de esos problemas, ponen en duda que sean tan grandes los daños de la menstruación en el sistema nervioso que no puedan ser reducidos por la voluntad de la mujer instruida y sana a un mínimo insignificante. Cuando se habla de suicidios femeninos en el período de la menstruación habría que dar al mismo tiempo cifras para saber si en general corresponden más suicidios al sexo femenino que al masculino, lo que me parece muy dudoso.

Las prefecciones no son nunca para la mujer instruida estados persistentes. La maternidad y el amor inclinan a la mujer ciertamente a la abnegación, pero eso es individualmente muy distinto, en todo caso no quiere decir de ningún modo que la mujer deba sentirse feliz sólo en las ofrendas. Tampoco necesita vivir la mujer en el amor tan receptivamente como es hoy el caso, considerándose como inferior desde el punto de vista de la sexualidad. Una parte esencial en la situación oprimida de la mujer está en su pasividad. El hombre es el poseedor indiscutible de la mujer, no pregunta si está cansada, menosprecia todo lo necesario al despertar de la mujer. No tiene en cuenta lo que llamamos el ritmo femenino, los períodos de mayor sexualidad de la mujer, antes y después de la menstruación. Conocemos aun demasiado poco las condiciones en que tiene lugar la satisfacción sexual de la mujer.

Lo más discutible me parece la actitud de Nemilow ante la paternidad, aunque no está solo. Falta todo ensayo de una demostración de que el padre no tenga ese sentimiento especial para el propio hijo. Nemilow pasa por alto completamente que la seguridad de la conservación de la especie está garantizada, no sólo por el aumento del impulso sexual, sino también, y tal vez en mayor grado, por la mayor protección a la niñez, tal como podemos observar en una elevada evolución de la vida. En los seres humanos esa evolución culmina en el instinto materno y paterno consciente. Ya los animales superiores, como lo ha expuesto hace poco el profesor Alverde en su sociología animal, conocen la paternidad. Se ejerce en la cooperación durante el tiempo de incubación, que observamos en la

mayoría de las especies superiores, instinto defensivo frente a la hembra y a la cría, y constituye una especie de estación de socorro y seguridad para la madre y el hijo. Pero si no existiese en el hombre nada frente al fuerte instinto materno, ambos sexos deberían hablarse, como dice Nemilow, en "idiomas distintos". Pero se vuelven a encontrar en la condición de padres, y eso demuestra aun que la igualdad de la especie supera a la diversidad de sexo.

En resumen, es un libro extraordinariamente digno de lectura al que, pasando por alto la crítica a algunos detalles, hay que reconocer su veracidad en lo esencial. (De "Urania", Jena).

LA PATRIA

Para el campesino, la patria es el valle que lo vio nacer. Para el aldeano, la patria no tiene más circunferencia que la de las oscilaciones de la campana de la capilla. Para el provinciano, la provincia. Para el nacional, no hay más hermanos ni semejantes fuera de sus fronteras. Y para los espíritus vastos y serios que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la nación, la patria es la Humanidad; el pueblo, el género humano.

La sociedad actual de Sud América no difiere de la vieja sociedad de la Europa feudal, sino en la forma exterior. En el fondo no es otra cosa que un arreglo en que unos pocos individuos privilegiados viven del trabajo común de los otros.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

favor de la cual habla Nemilow, refiriéndose a los experimentos de Steinach, que mostraron que se puede cambiar el carácter masculino en femenino (de conejos hembras resultan animales que tienen la apariencia y el comportamiento de machos, cuando se les inyectan glándulas germinales masculinas, y viceversa) y la participación de la mujer en la vida pública rusa, Nemilow ve en la limitación de la natalidad, que no debe ser obtenida por el aborto, sino por medios preventivos eficaces como los que hoy existen, un aseguramiento de la fuerza creadora espiritual de la mujer y concluye en la interrogación: ¿cómo se hará frente luego en todos los Estados al retroceso catastrófico de la naturaleza?

La demostración científica del recargo sexual particular de la mujer es indudablemente tan convincente que hay que concordar por completo con el investigador ruso cuando resume su demanda con estas palabras: "dado ese yugo biológico de la mujer, no puede tratarse más que de hallar una forma sexual en que menos influencia tenga ese yugo". Entre nosotros la situación particular de la mujer ha sido poco reconocida, y muy poco reconocida también la necesidad de una nivelación económica y psicológica. La legislación soviética y la segunda Internacional defienden el punto de vista de la necesidad de una protección particular a la mujer frente a la concepción defendida por las mujeres de la burguesía anglo-sajona, que reclaman simplemente los mismos derechos por el mismo trabajo.

Como casi todo el que defiende nuevos pensamientos, también Nemilow parece sobrepasar el objetivo. Otras investigaciones médicas, como las de la doctora Matilde v. Kemnitz, que se ocupó ya hace años de esos problemas, ponen en duda que sean tan grandes los daños de la menstruación en el sistema nervioso que no puedan ser reducidos por la voluntad de la mujer instruida y sana a un mínimo insignificante. Cuando se habla de suicidios femeninos en el período de la menstruación habría que dar al mismo tiempo cifras para saber si en general corresponden más suicidios al sexo femenino que al masculino, lo que me parece muy dudoso.

Las prefecciones no son nunca para la mujer instruida estados persistentes. La maternidad y el amor inclinan a la mujer ciertamente a la abnegación, pero eso es individualmente muy distinto, en todo caso no quiere decir de ningún modo que la mujer deba sentirse feliz sólo en las ofrendas. Tampoco necesita vivir la mujer en el amor tan receptivamente como es hoy el caso, considerándose como inferior desde el punto de vista de la sexualidad. Una parte esencial en la situación oprimida de la mujer está en su pasividad. El hombre es el poseedor indiscutible de la mujer, no pregunta si está cansada, menosprecia todo lo necesario al despertar de la mujer. No tiene en cuenta lo que llamamos el ritmo femenino, los períodos de mayor sexualidad de la mujer, antes y después de la menstruación. Conocemos aun demasiado poco las condiciones en que tiene lugar la satisfacción sexual de la mujer.

Lo más discutible me parece la actitud de Nemilow ante la paternidad, aunque no está solo. Falta todo ensayo de una demostración de que el padre no tenga ese sentimiento especial para el propio hijo. Nemilow pasa por alto completamente que la seguridad de la conservación de la especie está garantizada, no sólo por el aumento del impulso sexual, sino también, y tal vez en mayor grado, por la mayor protección a la niñez, tal como podemos observar en una elevada evolución de la vida. En los seres humanos esa evolución culmina en el instinto materno y paterno consciente. Ya los animales superiores, como lo ha expuesto hace poco el profesor Alverde en su sociología animal, conocen la paternidad. Se ejerce en la cooperación durante el tiempo de incubación, que observamos en la

mayoría de las especies superiores, instinto defensivo frente a la hembra y a la cría, y constituye una especie de estación de socorro y seguridad para la madre y el hijo. Pero si no existiese en el hombre nada frente al fuerte instinto materno, ambos sexos deberían hablarse, como dice Nemilow, en "idiomas distintos". Pero se vuelven a encontrar en la condición de padres, y eso demuestra aun que la igualdad de la especie supera a la diversidad de sexo.

LA PATRIA

Para el campesino, la patria es el valle que lo vio nacer. Para el aldeano, la patria no tiene más circunferencia que la de las oscilaciones de la campana de la capilla. Para el provinciano, la provincia. Para el nacional, no hay más hermanos ni semejantes fuera de sus fronteras. Y para los espíritus vastos y serios que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la nación, la patria es la Humanidad; el pueblo, el género humano.

La sociedad actual de Sud América no difiere de la vieja sociedad de la Europa feudal, sino en la forma exterior. En el fondo no es otra cosa que un arreglo en que unos pocos individuos privilegiados viven del trabajo común de los otros.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

**QUIEN LA HACE,
 QUE LA ESPERE...**

Bajo mi vista tengo una circular firmada por un grupo de trabajadores afiliados al partido comunista de Rusia. Se trata de descontentos de la extrema izquierda que se indignan y protestan contra la conversión de la derecha por la fracción que detenta el poder, y contra su política que sacrifica los intereses del comunismo internacional a los particulares de Rusia. Los miembros de ese grupo se quejan de ser maltratados y perseguidos... Sus camaradas G. Myasnikoff, N. Kusnezoff, Prestanof, etc., fueron deportados a Siberia. Las expulsiones de Moscú no se cuentan más por lo numerosas.

La lectura comenzaba a interesarme, cuando algunos renglones más abajo leo que estas medidas represivas están muy bien al adoptarse contra los socialistas de la extrema derecha, o sea los mencheviques; pero son inadmisibles si se aplican a los mismos comunistas de la extrema izquierda. El termómetro de mi simpatía de pronto descendió bajo cero.

Quien admite la cárcel para los otros debe prepararse para sufrirla él también. Y bien considerado todo esto, encuentro que los plañidos de estos comunistas, son poco elegantes. (De "En Dehors" de Oréans).

Creemos que con lo transcripto de la nombrada revista, sobran los comentarios que podamos hilarlos nosotros sobre la actual situación política rusa.

F. J. PROUDHON
La propiedad intelectual

El soldado da su vida por su país sin haber recibido otra cosa que su sueldo, es decir, lo estricto necesario. El cantor que pone en palabras, en música, si queréis, lo que el otro ha puesto en acción, morir por la patria, exige más que vivir: ¡exige una corona, campos, prados, viñas, propiedades!

Lucía de Lammermoor expira al saber el regreso de su prometido; da su vida con su amor, al hombre que abandonó por obediencia, creyéndolo muerto, y cuando no puede darle ya nada. El maestro que borda sobre ese tema una ópera, reclama para sus notas, perpetuidad de privilegio; la actriz que las canta, quiere también oro, oro, oro. Lais, pidiendo a Aristipo mil dracmas por una noche, entendía el amor como la cantante entiende el arte. Padres de familia: ¿qué práctica recomendaréis a vuestras hijas: la de Lais o la de Lucía de Lammermoor?

Hay en la Biblia una historia, no más conmovedora, pero más instructiva sin comparación que la de José: es la historia de los Tobías. Tobías padre, vuelto ciego, habiendo perdido todos sus bienes, con su mujer vieja y encoquina, se resuelve a enviar su único hijo a su antiguo asociado Gabelo, para reclamarle el reembolso de una deuda, su último recurso. El viaje es de trescientas leguas, en país bárbaro, sin caminos, sin policía, lleno de cortacebas e infectado de malhechores. Si Tobías hijo, con su bastón por viático, conseguía pasar, había que tener la seguridad que con su dinero no regresaría. La madre hace una oposición desesperada. Sin embargo, es preciso partir. El azar hace encontrar al joven un compañero de viaje. Rafael ha visitado todos los países; conoce todos los senderos, habla todas las lenguas, ha estudiado todas las ciencias; ha conversado con todo Israel. Toma a Tobías bajo su protección, le salva la vida al paso del Eufrates, le hace casarse con una bella y rica heredera, se encarga él mismo de llevar a cabo el cobro de la letra; después vuelve a la joven pareja sana y salva, colmada de riquezas; devuelve la vista al ciego, el hijo a la madre. Y cuando las buenas gentes, que lo deben todo a ese desconocido: la vida, la vista, el amor y la riqueza, le ofrecen compartir su fortuna, responde: No me alimento de esa carne. ¿No parece estar oyendo a uno de esos obreros de que está lleno París, que, al ir a su trabajo, se arroja en el Sena helado, salva la vida a un niño inhábil, a una mujer desolada, y no tolera siquiera que se le reembolse el cuarto de jornada que le descontenta el patrón? Rafael, a quien la Biblia llama un ángel, es el genio que se prodiga, y no acepta por salario más que el don del corazón, igual a él y el único que puede pagarse. Que un literato, sobre esa muestra, escriba una novela: su primer pensamiento será la prohibición de reproducirla. — Yo no soy un ángel, observa. — ¡Pardiez, alma grosera, se sabe perfectamente: tú eres un orgo!

(“Los mayorazgos literarios”).

AGUSTIN SOUCHY
Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(Continuación)

¿No es característico que se haya hecho provencial la manera de hablar y el tono parlamentario como un cierto método escurrizado como la anguila, corto e hipócrita, en absoluto falso? ¿No da que pensar que en todos los parlamentos sean esas gentes finas, débiles de carácter, aristocráticas, que sólo pueden llamar propia a su lengua que esquiva corrientemente las escabrosidades y asperezas, las que desempeñan el papel principal?

El llamado Estado constitucional, significa una unión, un compromiso del gobierno feudal medioeval, del junkerismo, de la realeza por la gracia de dios, por una parte, con la sociedad burguesa, por otra. Es verdad, mientras esa lucha se ventilaba entre el mundo burgués y el feudal, nuestro puesto estaba al lado de la burguesía; entonces éramos demasiado débiles para combatir simultáneamente contra ambos o para contemplar como espectadores risueños, el combate. Pero hoy la lucha no es ya una lucha aparente, hoy no sólo lucha una concepción de la vida contra otra, sino un interés contra otro. Sólo nosotros, que somos fuertes en nuestra comunidad, tenemos una concepción de la vida, debemos unificar más y más contra nosotros a nuestros adversarios, combatiéndolos a ambos. Dejamos su Estado y sus instituciones capitalistas y sus iglesias y sus parlamentos, estamos fuera de todo eso, y donde no lo estamos aún, donde la miseria nos fuerza a prestarles servicios de esclavos, para ganar el salario en el trabajo, allí cesaremos alguna vez también, cesaremos de una vez, cuando nos parezca conveniente, cuando haya llegado la hora...

La pregunta: ¿qué nos importan las elecciones?, se amplía así: ¿Qué nos importa la política? ¿Somos, como se dice, un partido político, o somos otra cosa, algo más grande? ¿Qué es la política? El arte del Estado, se dice, y esto es justo. Sin Estado no existe diplomacia, ni parlamento, ni política. Pero, ¿qué diablos nos va en el Estado, el sostén del orden social actual? Es falsa la opinión de que podríamos introducirnos, por alguna puertecita excusada, en el Estado actual, y de ese modo obtener nuestro fin. Es falso que esa puertecita excusada, el parlamentarismo, haya quedado abierta por improvisación, o por necesidad; al contrario, los actuales gobernantes la han abierto de par en par para seducirnos y educarnos para el gubernamentalismo y para los sillones del Estado, y el peligro de que puedan obtener su propósito es grande.

Nosotros no somos un partido político; no queremos hacer ley alguna para establecer el orden en la lucha de intereses y para oprimir a los débiles y asegurar a los ricos; no queremos remendar el mundo actual, para hacerlo soportable, no, lo digo francamente, lo queremos hacer insostenible para empujarlo más rápidamente a su muerte. No conocemos ley alguna entre las diversas naciones; nosotros somos hoy todos unos como proletarios en la lucha contra el capital, y queremos que todos los hombres sean unos como hombres, como individuos en la lucha contra las fuerzas enemigas naturales, en lucha por el progreso y la cultura...

Para conseguir esto, nos dirigimos ante todo como educadores al individuo. Le decimos: mira, hermano, no existe para tí un deber frente al Estado o la llamada totalidad, no existe ningún deber frente a dios, todo eso es mentira y engaño. Cómo tienes tú que obrar es lo que tienes que creer; sobre eso tú únicamente debes componértelas con tu razón. Y para eso se ha dado, por la descendencia común de todos los hombres, no obstante todas las desigualdades y diferencias, que tengan una sola razón, y que un espíritu moral sea capaz de abarcar al menos lo más grande que ha descubierto y encontrado el más avanzado y elevado de los geniales. Ciertamente, debemos suprimir primero un caos de superstición, de absurdo y de mentira, el pensamiento capitalista ha sido demasiado introducido

también en los trabajadores, pero felizmente no lo tolera a la larga con sus intereses y por eso ocurre que la masa obrera tiene tan buena comprensión para toda nueva gran idea. Eso no se aplica a la burguesía, — a ella se le puede predicar la razón todo lo que se quiera, la mayoría burguesa no puede darnos la razón aunque sea honesta. Si un burgués debe dejarse convencer por una idea que corresponde a otra concepción del mundo, entonces tiene que ser un hombre libre, elevado por encima de los intereses de la propia clase. Y esos son pocos.

Pero, ¿quién de los trabajadores no comprende, cuando le digo: pagas impuestos, eres soldado, trabajas en la fábrica, no porque es tu voluntad, sino porque debes hacerlo porque estás esclavizado, porque los que te esclavizan son los más fuertes? Tú puedes, también el individuo puede, tú puedes cesar de trabajar si quieres, pero morirás de hambre; puedes rebelarte contra las leyes del Estado y de la moral que no te interesan, pero serás privado entonces de tu libertad, si no muerto, y eso por vía legal, — pues el derecho es la fuerza. Puedes dejar todo lo que haces, si no es tu voluntad el hacerlo; pero bajo la servidumbre en que estás, no puedes hacer lo que quieres. No puedes satisfacer tu ardorosa sed de instrucción, no puedes crearte una existencia humana, no puedes suprimir del mundo que te aqueja la mentira de los negocios, la bolsa, la prostitución, el sacerdocio embustero y el funcionalismo ni la educación juvenil contradictoria que ensombrece el espíritu. En una palabra, no puedes vivir como quieres, debes vivir como quieren las circunstancias mantenidas, defendidas e idealizadas por la sociedad burguesa actual.

En ese estado sólo hay un medio. Todos los que sufrimos bajo esas circunstancias, nos agrupamos en una comunidad militante. No queremos cesar de profesar la razón y de insistir a las masas hasta que hayamos logrado que se unan los proletarios de todos los países, para derribar la concepción capitalista e instalar la socialista. Organizémosnos en sindicatos, reclutemos en todas partes, en las fábricas, en las calles y en las plazas públicas, en la familia, en las grandes reuniones. Cuando esa organización libre sea bastante fuerte, entonces cada grupo aislado puede contar con todos los demás en la lucha por el mejoramiento pasajero de las condiciones de la vida, por la reducción de la jornada de trabajo, por la elevación del salario y para hacer frente al capital. Entonces cada grupo particular puede desahuciar provisoriamente la sociedad burguesa, aunque no sea más que para señalar lo que vendrá. Y esa nuestra organización de lucha debe ser ya un modelo de la sociedad futura. En ella todos obran en cuerpo y alma por los demás, por la causa común; uno para todos, todos para uno.

Por eso os digo: ¡Compañeros, no elijáis diputados al Reichstag! No elijáis representantes que deben combatir por vosotros con discursos parlamentarios. La palabra no existe para la lucha, sino para la enseñanza, y para la lucha no hay representación alguna. Luchad por vosotros mismos, proletarios, no con la lengua, sino con toda vuestra persona; luchad donde la lucha debe ser ventilada, en el terreno del trabajo, y allí no combatiréis solos, sino todos estrechamente asociados y unidos.

Aunque estas ideas no son nuevas, sino un discurso ordinario de propaganda, Landauer tuvo ya desde muy joven ese pensamiento, que profundizó después y promovió con la fuerza sin ejemplo de su idioma, que sólo pocos agradecidos pueden llamar suya.

A los 22 años llegó Landauer a Berlín para continuar estudiando. Aquí entró en contacto con Benedict Friedländer, que reunía a su alrededor un grupo activo en pro de las ideas socialistas, pero, sin embargo, no puramente anarquistas. La obra principal de Friedländer: "Las cuatro corrientes principales del moderno movimiento social", ejerció una influencia no

insignificante en los "jóvenes". Friedländer difundió y popularizó en especial las ideas de Eugen Dühring. En el mundo socialista, principalmente en el movimiento marxista, se conoce a Eugen Dühring sólo por el libro de Friedrich Engels "Anti-Dühring". Pero con ese libro no se puede uno dar una idea de la personalidad de Dühring, a cuyos más encarnizados enemigos pertenecía Engels. Es indudable que no se conoce a un hombre por lo que informan sobre él sus adversarios. Dühring pertenece, no obstante el libelo de Engels, a los espíritus más importantes de Alemania, muy superior por sus vastos conocimientos y por su pensamiento genial a Marx y a Engels. Dühring, a causa de su resistencia contra Bismarck, fué expulsado de su catedra en la Universidad, donde oficiaba de privatdozent pago, y dejado en la miseria. No testimonia en pro del carácter de Engels el hecho de que haya tratado a Dühring como lo hizo. Lo único que se podía reprochar a Dühring es que en su vida — llegó a los 90 años — modificó sus concepciones. Pero esto es comprensible si se piensa que Dühring era un pensador gigantesco y siempre en marcha, que no se paralizó en un dogma, sino que aspiró incesantemente a presentar y a resolver nuevos problemas. Así sucedió que Dühring no creó una doctrina y luego se encerró en ella; desarrolló sus ideas más y más, y encontramos en este polígrafo una multitud de pensamientos que ciertamente no pueden ser catalogados en un sistema simple. Lo esencial que distingue al socialismo de Dühring del marxismo, es la acentuación del principio de la personalidad, o como lo llama Dühring, del personalismo. Dühring toma la personalidad individual como objeto de sus consideraciones y vé en el cambio de relaciones de las personas el núcleo íntimo del problema social. Esa ideología alejó a Dühring del marxismo y lo acercó a las ideas anarquistas. El "sistema societario" expuesto por Dühring en muchos escritos, está entre el marxismo y el anarquismo.

En ese ambiente entró Gustav Landauer. No eran las circunstancias exteriores las que lo llevaron a ese ambiente y al anarquismo. Fué su vida interior, su avasallamiento interno, la que indicó a Landauer el camino que estaba forzado íntimamente a seguir.

En Berlín vió Landauer la miseria acumulada; vió al proletariado, no como en Karlsruhe y Heidelberg, sino como una masa enorme, gigantesca. Y esto le quitó el sueño largas noches. "Me parece insostenible que pueda comer hasta saciarme mientras los demás sufren hambre". En eso está su profesión de fe socialista. Fué colaborador de un semanario editado por el crítico del lenguaje Fritz Mauthner. Al principio su colaboración era puramente literaria, pero pronto pasó a los problemas sociales y políticos y se hizo netamente socialista.

En el campo socialista dominaba hacia esa época, poco después de la supresión de la ley contra los socialistas, una vida agitada. Los "jóvenes" se desgajaron del partido socialdemócrata y se reunieron bajo las banderas de las ideas anarquistas y en parte sindicalistas. A esos "jóvenes" pertenecía Bruno Wille (que cayó después completamente en el campo burgués), el naturalista W. Bölsche, el escritor Wilhelm Spohr, más tarde también el médico Dr. Friedberg. En ese ambiente se encontró Landauer y fué pronto uno de los más activos. Creó un órgano, *Der Sozialist*, y Landauer fué su redactor. El periódico fué uno de los mejores órganos socialistas que haya habido en Alemania. Landauer escribió excelentes artículos, en los que defendía un socialismo que no tenía consideración ni con el partido ni con una camarilla; pero ante todo combatió el Estado prusiano. Ya entonces desarrolló Landauer su ideal. La construcción socialista de la humanidad debía ser realizada sin compromisos, desde el principio y de nuevo, desde abajo y en pequeña escala y luego más y más en grande y en amplitud; pero no con los politicantes y por el Estado, eso era la muerte. Fué por encima de la periferia de los partidos y del orden social actual. Y cuando habló y escribió sobre lo que ardía en su alma, no pudo evitar el ataque a la miseria estatal actual y las colisiones con el Estado. La policía prusiana secreta estuvo pronto tras su rastro y la sección política lo siguió en cada paso. Pronto perteneció Landauer

a las personas más vigiladas de Alemania. Era caza libre para la policía; sin embargo, persistió inmovilizable en su actividad.

El padre de Landauer, un ciudadano tranquilo y bien visto, no pudo comprender que su hijo se volviera anarquista. Las condiciones externas no que había crecido el joven, no daban motivo para una evolución semejante. Pero esa conversión se hace fácilmente comprensible, cuando nos dirigimos al mundo interior del hombre, cuando tenemos presente que los pensamientos y sentimientos y todo el contenido de la conciencia de un hombre no sólo reflejan las condiciones materiales externas, sino que llevan ya desde el nacimiento las predisposiciones para vivir una propia vida individual y original. La herencia de los padres y de los abuelos está en nosotros como un germen de oscuras y nebulosas posibilidades, inclinaciones y fuerzas personales que aspiran a la conciencia. Está en el dominio de la evolución interna el que la vida de nuestros antepasados obre en nosotros en los ensueños, percepciones y sentimientos, la mayoría de las veces en el umbral de la conciencia, pero a menudo en el dominio de lo consciente. Ese verdadero germen de la teoría de la herencia nos explica por qué la vida de un Kronotkin, de un Bakunin y de muchos otros se volvió hacia direcciones opuestas al medio en que crecieron. Lo que impulsa a un hombre hacia la obra buena, lo que lo mueve a sacrificarse por los otros, no está en las condiciones materiales externas, sino en su carácter psicológico. "No está fuera, allí lo busca el loco; está en ti. tú lo llevas eternamente", canta Schiller. Lo que un hombre apasionadamente inspirado produce y forma de su interior, de su yo, no es filisteo, conservador, es, como en Sócrates, algo subversivo, sin sosiego, que no persevera, que no se satisface con una luz obtenida, que avanza de claridad en claridad, impulsado por santa pasión, por una fuerte voz interior. Ese espíritu vive en todos los seres, en todos los combatientes de la libertad, que bajan de las esferas del bienestar hacia sus hermanos de la pobreza y la miseria.

(Continuad)

El pleito del pacífico

Nunca podrá creerse que la diplomacia yanqui, es decir el ministerio de relaciones exteriores, no supiese anticipadamente la improbabilidad casi absoluta de que el plebiscito resolviese el viejo pleito del Pacífico. De los sucesos conocidos se deduce que sus buenos oficios, solicitados por los dos contrincantes, tendían secretamente a hacer preponderar sus intereses comerciales en el continente latinoamericano. La proposición de compra de las provincias cautivas, para donárselas a Bolivia, establecía de hecho una avanzada de su imperialismo. El gobierno de esa nación hubiese sido su eterno dador. Es el mismo procedimiento llevado a cabo en México y Centro América. Primero la exportación de fuertes capitales industriales para contratar la mano de obra de los nativos; toma de posesión de vastos terrenos petroleros, mineros o auríferos, cuando los hay, y después, no a poco, la vida económica del país. Invadido pacíficamente, habrá de pedirles permiso a los magnates de Wall Street para poderse desenvolver pasablemente. Es la realidad que está aconteciendo en Perú, y que Bolivia la conoce desde largo rato.

No discutiremos los cargos justos, veraces o no, que Lassiter le hace al gobierno chileno. — Incidentes todos ellos previstos desde el momento que Chile, en las suaves elecciones plebiscitarias, desempeñaba el naturalísimo papel del caballo del comisario, que con trampa o sin trampa debía zamar. La mala fe de la Casa de la Moneda ha de ser evidente. Tampoco este punto discutiremos.

Lo que nos parece va más allá de discusión es el retiro de la Comisión plebiscitaria. ¿De qué modo explicarnos este escrutinosa y estricísima justicia en esta actitud del continente, y que cambia en forma radicalísima en la latitud opuesta? ¿Está imbuida de desinterés esta acción justiciera, o al revés, la guían fuertes y utilitarios intereses?

Existe un antecedente. Chile rechazó después de negociaciones preliminares, la partición del territorio, o su venta total, en beneficio de un tercero apoyado por los capitales norteamericanos. Insistió siempre que quería se efectuase el plebiscito. Aunque en principio se aviniese a otros arreglos, la antigua idea de la votación le obsesionaba. Cedia un poco para volver otra vez a la carga.

Busquemos ahora si la realización del acto plebiscitario hubiese sido convenientemente beneficiosa para los intereses comerciales del capitalismo norteamericano, es más, de inmediatos rendimientos. En la suposición que venciera Chile, menos que nunca. ¿Y si el Perú resultase victorioso? Aunque fuese ello improbable, la adhesión incondicional de su gobierno, que hipotecó todas las riquezas naturales y los servicios públicos a empresas yanquis, siempre haría más deseable esa victoria peruana. La expansión yanquiante era así tal vez más fácil.

Queda otro punto para examinar. El prestigio norteamericano en esta emergencia, a las miradas superficiales se acrecienta y se intensifica por haber defendido los derechos del más débil, del inerme. Lo curioso es que esos raros anejos de rectitud pundonorosa no los cumplo, por ejemplo, con algunas repúblicas centroamericanas que yacen bajo las pezuñas hendidas de su milicia y de sus autoridades, que llegaron a cerrar las escuelas de habla castellana con el pretexto de que eran centros subversivos o de reivindicaciones patrióticas.

La seguridad con que defiende sus fueros el gobierno chileno en el trance desesperado en que se puso al descubierto sus fraudes, le viene de la convicción de la claudicante autoridad moral de la nación elegida como árbitro. Por su parte, aquél, al conocer la noticia que los miembros de la comisión norteamericana abandonarían el territorio en pleito, regresando a su país, decidió volver a tomar posesión de él, alegando que el plazo fijado de diez años por el protocolo de Ancón para la realización del plebiscito, es el mínimo y no el máximo. Y objeto que quedará en posesión hasta que se efectúe el neto electoralio, y que de no celebrarse, la soberanía chilena se tornaría absoluta y permanente, de acuerdo con los términos del laudo.

Esta es la situación actual del largo pleito del Pacífico, después de los gastos ingentes, dolorosamente desembolsados por los pueblos de ambos gobiernos contrincantes, los cuales con estas campañas de mutuas revanchas territoriales consiguieron envenenar los ánimos de un patriotismo letal. Los dos, quizás más el peruano que el chileno, lograron acreditarse como verdaderos salvadores de la patria. En estos ríos revueltos, la politiquería es la única que zana siempre. Al tiranuelo Leguía le erigirán otra estatua, a más de la que ya tiene en vida.

BIBLIOGRAFIA

"A Batalha". Almanaque para 1926. (Lisboa, sección editorial de "A Batalha", 132 págs. en 8°). Precio, 5 escudos.

Los camaradas de la C. G. T. de Portugal, no contentos con el cotidiano, han dado vida a un Suplemento semanal y a una revista quincenal ilustrada, habiendo impreso también algunos folletos de propaganda. Pero un magnífico esfuerzo lo constituye el "Almanaque para 1926", repleto de materiales diversos, instructivos y de valor histórico. El estudio de Alexandro Vielra, un conocido militante, sobre el movimiento sindicalista de Portugal, de 1908 a 1919, da al Almanaque un gran valor. Se encontrará también una reseña de los hechos más importantes ocurridos en Portugal en el dominio de la revolución y la contrarrevolución desde febrero de 1919 a junio de 1925. Hay algunos retratos de militantes actuales y de los muertos en estos últimos años; por desgracia, se encuentra también la reproducción de la fotografía de los sujetos de la catadura reformista y política de Marcel Bidegaray y Trejón Gómez, lo que desde un tanto del contenido del Almanaque. Gran número de clichés re-

lativos al movimiento y a las luchas del proletariado embellecen el libro. Hay también una amplia lista de las sociedades obreras y de la prensa obrera portuguesa.

Blondel Ch. — "La mentalité primitive". Préface de Levy Bruhl. Librairie Stock, Paris, 1926, 122 pp. Precio, 5 francos.

El estudio de la mentalidad primitiva no es nuevo: ese tema ha interesado a muchos investigadores y existen diversas concepciones y diversos puntos de vista al respecto. Ch. Blondel, profesor de la Universidad de Estrasburgo, conocido por otros trabajos psicológicos, ha resumido en este pequeño volumen de una nueva serie de la biblioteca "La culture moderne", publicada por la Librairie Stock, ese capítulo de la vida mental de los pueblos primitivos según las ideas predominantes al respecto en las publicaciones de Levy-Bruhl.

He aquí algunos párrafos que resumen la tesis del autor:

"El espíritu del primitivo, ¿es idéntico al nuestro? No podemos saberlo de antemano y únicamente los hechos tendrían derecho a decirnoslo. Ahora bien, interrogados como es debido y sin idea preconcebida, nos enseñan al contrario que la mentalidad primitiva no es simplemente el producto caprichoso y pueril de espíritus que se aventuran a ciegas por las vías que nos son familiares. Compleja y coherente a su modo, tiene sus caracteres y sus leyes propias" (pág. 12-13).

Después de hacer algunas consideraciones sobre el problema del método de investigación, traza un paralelo entre la mentalidad del primitivo y la mentalidad del civilizado, concluyendo en la diferencia de mentalidad. "Gracias a las ideas puestas a su disposición por la colectividad, los hombres pueden en nuestros días formarse del mundo una representación puramente intelectual y objetiva. La actividad mental de los primitivos no les permite nada de eso. Lo que hay de conocimiento en su representación del mundo está penetrado de elementos afectivo-motrices que, necesariamente, no tienen nada de objetivo a nuestros ojos" (página 48-49). Importante para la comprensión de la tesis de Blondel es este pensamiento: "La ley que regula la mentalidad primitiva en sus manifestaciones merece ser llamada ley de participación. Implica que la mentalidad primitiva juzga siempre de las cosas y de sus relaciones, no según sus caracteres objetivos, sino según las propiedades ocultas que sus representaciones les suponen" (pág. 54). Para el primitivo la realidad entera es mística. Las cosas tienen, al lado de sus propiedades objetivas, propiedades ocultas. Y estas últimas son tan reales para ellos como las primeras, si no más aún. Para la mentalidad civilizada todo efecto tiene su causa natural, para la mentalidad primitiva todo efecto tiene una causa mística. "La acción física no se concibe sin acción mística. Propiamente hablando, no hay más que acciones místicas, sin las cuales las acciones físicas no son y no pueden nada" (pág. 92).

El librito está escrito para el gran público y constituye una buena introducción al estudio de ese problema, que tiene un interés científico y un interés práctico a la vez.

Fabbri L. — "Crítica revolucionaria" (selección). — Publicaciones Mundial, Barcelona (1926). 220 páginas en 8°. Precio, 2 pesetas.

La casa editorial Publicaciones mundial, de Barcelona, ha recogido en este volumen diversos trabajos de nuestro camarada Fabbri, como por ejemplo: "Períodos de crisis", "La función anárquica en la revolución", "El individualismo stirneriano en el movimiento anarquista", "Influencias burguesas sobre el anarquismo", "El sindicalismo, el miedo a la libertad", etc.; etc. Casi todos esos trabajos se conocían ya en español y han sido bastante leídos y apreciados. Sin embargo, bien impresos y accesibles por su precio, se han de difundir ampliamente en nuestro ambiente y fuera de él.

D. A. DE S.